

¿TODO O NADA?

OTRA vez aparece la expresión, y los que por un lado, quieren conservarlo todo y los que, por el otro, no quieren dejar nada en pie, vuelven a demostrarnos que hay quienes, después de tantos años, no han aprendido nada y nada han olvidado, —afirma "Ya" en un editorial—.

El maximalismo de los extremos nos precipitó hace cuarenta años en una guerra civil: ¿es esto lo que se quiere? Pero ni siquiera hace falta quererlo. Los acontecimientos desbordaron entonces las previsiones de unos y otros, y todos, una vez puesto el pie en el plano inclinado del radicalismo, se deslizaron fatalmente por él hasta llegar al enfrentamiento armado. Ninguno pensaba que se iba a desencadenar una guerra; todos confiaban en triunfar rápida, fulminantemente, sobre el adversario; pero todo aspiraban a eliminar al adversario; y éste fue el punto de partida y el origen de la tragedia.

Hoy es imperioso y apremiante que cuantos creen que las soluciones unilaterales son espada de dos filos, que acaba volviéndose contra quien la maneja, se unan para poner fin a esta situación de transitoriedad, caldo de cultivo de todos los extremismos, y establecer de una vez un régimen de convivencia con la autoridad indispensable para que el poder imponga el orden público y las condiciones propias de un Estado digno de este nombre.

Nos dirigimos al Gobierno, porque la lentitud en el desarrollo del programa político ha sido causa principal de la crítica situación actual. ¿Se da cuenta el Gobierno de lo que exige

la gravedad de las circunstancias? Pero nos dirigimos también a la oposición moderada, porque sus exigencias constituyentes y de ruptura, sus exclusiones pueriles, sus precipitadas acusaciones, su negativa a toda concesión, su falta de sentido de la realidad y su utopismo, han contribuido decisivamente a dificultar y frenar la indispensable evolución.

¿Cuándo comprenderá esa oposición que sus posibilidades de subsistencia dependen de su acuerdo con quienes desde el poder quieren llevar a cabo la democratización? Si esa oposición hubiese tenido el sentido político del que ha carecido, habría corrido desde el primer día a constituir la nueva legalidad sin la que no será nada; ha preferido proclamar que no pasaría por las ventanillas oficiales. ¿Cuándo se dará cuenta de que, como ha escrito un agudo comentarista político, la alternativa real no se establece entre reforma y ruptura, sino entre reforma —verdadera, profunda— y dictadura?

Este es el peligro y hay que presentarlo con toda crudeza a cuantos han perdido un año jugando a la política: al divertido juego de las siglas y de los mil grupitos, de las incompatibilidades, que sólo a quienes las invocan les parecen respetables. En el fondo de eso hay la cierta convicción de que sólo en la convivencia pluralista podemos encontrar una vía segura para el futuro. Pero ante la amenaza que se proyecta sobre todos, ante la posibilidad de que un manotazo vuelque la mesa de repente, porque situaciones como la actual no se pueden prolongar impunemente, todos los que hoy discuten alrededor de la mesa deben comprender que ha pasado el momento del juego y es la hora de la verdad.

VIVIENDAS SOCIALES

El tema referente a las viviendas sociales está acaparando la atención a un ritmo progresivo en los últimos tiempos. Sin remontarnos a muchos meses atrás, es representativo el acontecimiento que hace pocos días ha tenido lugar en Vigo, donde once mil personas se han manifestado para exigir la construcción de viviendas sociales, de acuerdo con las necesidades reales de los trabajadores. Petición tanto más justificada si se tiene en cuenta que la ciudad padece en estos momentos un déficit superior a las diez mil viviendas, mientras que por otro lado existen más de cinco mil pisos desocupados, cuyos alquileres o precios de venta resultan inasequibles para los trabajadores.

Este ejemplo se puede generalizar y en definitiva ratifica la unanimidad existente de que la ordenación del territorio y la política del suelo y de la vivienda, especialmente de la vivienda social, constituye uno de los retos más apasionantes. También se acepta con generalidad que la especulación del suelo, causa básica de otros males, sigue siendo una tarja pendiente. Representa, en definitiva, una grave lacra social, frente a la que se tienen que arbitrar un conjunto de medidas que abarquen desde una acción legal coherente hasta otras acciones de orden técnico que permitan aumentar la oferta de suelo urbanizado y de viviendas a un precio asequible para los grupos más bajos de rentas.

Hasta el momento, y a pesar de los buenos propósitos, no puede realizarse en España un balance positivo de las tímidas medidas adoptadas para reducir al menos una de las principales causas del actual desequilibrio social existente en nuestro país. La causa básica es que no existe una verdadera política del suelo y de la vivienda. La vigente no se ha situado, en nuestra opinión, en las coordenadas idóneas para enfocar rigurosamente el tema. Nos parece evidente también que la política del suelo y de la vivienda están estrechamente interrelacionadas, ya que generalmente es prohibitivo construir viviendas sociales en terrenos de alta cotización.

Muchos ser los temas pendientes, como es fácil deducir de lo anterior. Por ello nos interesa destacar que algo hay que hacer. Si las disposiciones legales existentes sirven para alcanzar los objetivos, aplíquense con urgencia. Si no, definamos de una vez por todas una amplia y eficaz política general del suelo y de la vivienda. Llevamos ya varios lustros contemplando tantas anomalías en materia de suelo y de vivienda, que nos consideramos con el derecho a exigir la adopción de medidas drásticas, en consonancia con las reclamaciones de un buen porcentaje de los ciudadanos, para atajar una problemática social que es cierto que no es la única, pero sí de las más importantes. Porque la especulación del suelo, con incidencia directa y grave en la vivienda, es uno de los grandes escándalos de esta época que nadie se atreva a encarar definitivamente.

HUMANIZACION

En pocas ocasiones realiza un país, como ahora España, las peligrosas condiciones que la carta de la Secretaría de Estado a la Semana Social de Compostela señala como típicas del trance de construir una sociedad y un Estado verdaderamente humanos.

El hombre español, el ciudadano, la persona, tiene que ser el centro. Si los líderes —tal vez ellos mismos obedientes a más alto poder— se proponen implantar friamente un sistema político-social considerado como intocable y absoluto en sus dogmas, por más que eviten el calificativo de "totalitario", o si otros se empeñan en su protagonismo personal —ellos la estatua, el pedestal, el pueblo—, todos "instrumentalizan, manipulan, cosifican" al pobre español, del que dicen hipocritamente que manda, porque en griego le hablan de "democracia".

Si los guías políticos, incluso bienintencionados, se deciden en grupos y capillas, planifican un futuro de charlatanería de partidos y sopa de letras, estando ellos mismos "desligados entre sí, como granos de arena", mal podrá devolver su dignidad al "pueblo que degenera en masa", haciéndole ver con obras que están al servicio de su cohesión, condición de su progreso.

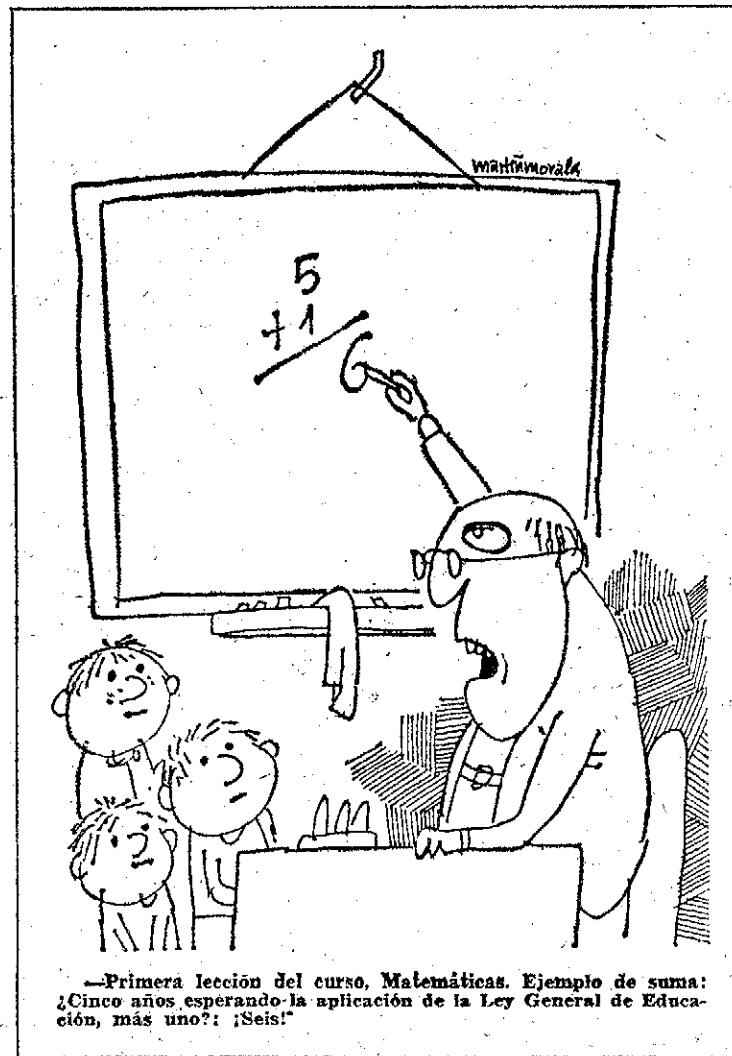
Entre el monopolio del poder, característico de las dictaduras, aunque sean del proletariado, y el oligopolio de tremendos pequeños grupos rivales, la filosofía cristiana ha puesto siempre —y la Semana Social de Santiago reflexiona sobre ello— la humanización de las estructuras sociales.

Humanización, es decir, sometimiento al hombre, significa en economía que si ésta es fin en sí misma, destinada sólo a una teórica perfección tecnocrática, ni debe ser sometida a la esclavitud de sistemas ideológicos que la condicionen, sean éstos el capitalismo, el marxismo u otro cualquiera. El cristianismo no quiere ídolos intocables—poderes financieros nacionales o internacionales, sistemas de producción, ni siquiera el Estado mismo: la técnica está al servicio del hombre y éste tiene un destino eterno.

Humanización significa, en el campo del trabajo, reconocimiento de su primacía sobre todos los otros factores económicos, pues es desarrollo de la actividad intelectual o física del hombre y no, como el dinero o la máquina, instrumento muerto. Al servicio del hombre —recuerda el cardenal Villot— está el sistema sindical, ahora en trance de revisión en España; tanto el sindicato como la Seguridad Social corren el peligro de deshumanizarse por el gigantismo y la complicación de las estructuras, que terminan por olvidar en un rincón al hombre a quien nacieron para servir: he ahí, apunta el cardenal, un reto a las Semanas Sociales de España.

Queda la humanización de la política, "órbita integradora de los demás empeños sociales". Los intentos totalitarios de instrumentalizar al ciudadano en beneficio de utopías de grandeza o de odio, las burocracias elitistas sin alma, los personalismos desaforados de líderes con ambición, la inercia de un pueblo que se siente halagado como clientela a la vez que marginado como dueño de su destino, son otras tantas manifestaciones de deshumanización, que el cristianismo repugna.

No es lo menos importante en la carta de la Secretaría de Estado, que recomienda y remite a las directrices del Episcopado español en 1975 y 1976; este espaldarazo de Roma a un episcopado tantas veces fustigado por políticos "deshumanizantes" constituye un acto de justicia y una exhortación cuyo alcance cualquier español puede medir.



AÑO LXXIII

Núm. 22.182

SOMETIDO A CONTROL VOLUNTARIO DE TIRADA Y DIFUSION DEPOSITO LEGAL: MU-3-1958

REDACCION Y OFICINAS:

- MURCIA.—Avda. Ibáñez Martín, 15. Teléfonos 234000-04-08 y 230797.
- ALBACETE.—Calle Mayor, 22. Teléfonos 213777-78.
- ALICANTE.—Calle Navas, 40. Teléfonos: Redacción y Administración: 216251-204411-204527.

TALLERES:

- MURCIA.—Avda. Ibáñez Martín, 15.

EMPRESA EDITORA: EDICA, S. A.

Avda. Mateo Inurria, 15. — Madrid.